

Capítulo segundo del libro *La Parapsicología ¡vaya timo!*

CIENCIA Y PODERES PARANORMALES

Carlos J. Álvarez

Cuando oyes hablar en la tele de *poderes mentales*, seguro que no se están refiriendo al maravilloso funcionamiento de nuestra memoria, a cómo producimos el lenguaje, a los mecanismos de percepción visual o auditiva, o a nuestros procesos de razonamiento y toma de decisiones, todos ellos objetos típicos de estudio de la psicología científica. No, ¡qué va!, lo normal es que se hable de palabrejas como *percepción extrasensorial*, *precognición*, *telepatía*, *psicoquinesia*, *premoniciones*, *telequinesia*, *clarividencia*, *viajes astrales*...

¡Ésos son para ellos los *poderes mentales*! Y precisamente sobre esos supuestos poderes trataré en este libro. ¿Quién no ha oído hablar de personas que mueven objetos con la mente, leen el pensamiento de otros, son capaces de ver cosas que ocurren a cientos de kilómetros o sucesos que ocurrirán en el futuro, y pueden realizar excursiones mientras su cuerpo se halla en un estado similar al del sueño? La pregunta crucial es: ¿qué hay de cierto en todo ello? Esa máquina maravillosa, algunas de cuyas capacidades he expuesto en el capítulo anterior, ¿puede hacer todo eso?

Los otros poderes mentales

Antes de entrar en materia, me gustaría plantearte algunas preguntas que deberían hacernos pensar un poco. Algunas son preguntas cuya respuesta está en la misma pregunta. Otras intentaré contestarlas lo mejor que pueda. Y otras más son preguntas que todos deberíamos hacernos cuando alguien nos cuenta algo sobre algún tipo de *capacidad paranormal*.

Todo ser humano tiene el mismo tipo de funciones mentales.

Tus mecanismos para percibir el mundo que nos rodea —los tuyos y los de cualquier otro lector— funcionan como los míos; la forma que tienes de procesar las palabras es esencialmente igual a la mía; tus estructuras de memoria (por ejemplo, la memoria de trabajo, la memoria sensorial o la MLP) las tengo yo también.

Y también los indios del Amazonas. Por supuesto, no me refiero a los contenidos de la memoria de cada cual, que



Carlos J. Álvarez. [Archivo]

dependen de lo que una persona haya vivido o aprendido, sino de las estructuras y procesos mentales y cerebrales. Somos asimismo conscientes de que hay personas que tienen una memoria increíble o son más inteligentes que otras. Pero eso no implica propiedades esenciales distintas: la diferencia es de cantidad y no depende de que tengan *otras capacidades*. Todos pertenecemos a la misma especie y tenemos un cerebro esencialmente igual. Entonces, ¿por qué ciertos personajes dicen tener capacidades no mejores sino *diferentes*, que sólo poseen ellos, como la telepatía o la telequinesia, y nosotros no? ¿No es sospechoso? Eso va en contra de todo lo que conocemos tanto del cuerpo como de la mente humana.

Si tenemos el cerebro que tenemos y las funciones que éste realiza —es decir, los procesos mentales conocidos— es porque en algún momento de nuestra evolución como especie fueron útiles para nuestra supervivencia. Si en algún momento de nuestra historia, como ha argumentado ya algún pseudocientífico, hubo personas con capacidades paranormales, como percibir sin los sentidos, transmitir el pensamiento sin el lenguaje o mover objetos con la mente, ¿por qué no han pervivido esas capacidades? ¿No sería mucho más útil, eficaz, adaptativo y sencillo

comunicarnos con la mente sin gastar energía y saliva, o mover objetos sin tener que hacer un gasto innecesario de energía, es decir, sin usar un músculo?

Suele argumentarse también que se nace con esos *poderes psíquicos*, que son genéticos. Entonces, ¿por qué nunca se transmiten a los descendientes?

¿por qué todo fenómeno paranormal desaparece —o no se produce— cuando hay un escéptico delante?”.

Miles de personas afirman tener algún tipo de *poder* extraordinario, como hablar con los muertos o ver el futuro... Muchos viven precisamente de escribir libros, realizar programas de televisión, formar sectas con adeptos crédulos que les creen a pie juntillas o vendernos sus extrañas ideas en miles de formas. Si tan convencidos están, ¿por qué no se someten a comprobaciones científicas concluyentes? ¿Por qué no demuestran sus *poderes* a través de procedimientos controlados y donde no puedan producirse sencillos trucos de ilusionista o fraudes? ¿Por qué suelen huir cuando se les reta a que lo demuestren? Parafraseando a Carl Sagan, ¿por qué todo fenómeno paranormal desaparece —o no se produce— cuando hay un escéptico delante? James Randi, famoso ilusionista norteamericano, ha dedicado gran parte de su vida a poner a prueba y desenmascarar innumerables fraudes relacionados con el mundo de lo paranormal, como también lo hizo el famoso escapista Houdini en el siglo XIX y principios del XX. Randi se ha convertido en un famoso divulgador de la ciencia, la racionalidad, el pensamiento crítico y el escepticismo mediante una fundación educativa creada por él mismo. En la década de 1960 ofreció 1 000 dólares de su bolsillo a la primera persona que ofreciera pruebas objetivas de cualquier fenómeno paranormal, como había hecho en los años 20 la revista *Scientific American*. Con el tiempo y muchas otras aportaciones, el premio del Reto Randi ha aumentado a 1 000 000 de dólares. No se pide demasiado: sólo hay que probar cualquier *capacidad* o *poder* de tipo oculto o paranormal en las mismas condiciones de cualquier otro experimento científico en psicología, con los controles adecuados y en las condiciones pertinentes de observación, para que no pueda haber lugar a trampas. Además, para asegurar la legalidad y objetividad de la prueba, esa fundación no participa en el proceso de comprobación, y los procedimientos son pactados entre la persona que supuestamente tiene ese *poder* y los experimentadores. ¿No es sospechoso que en más de 20

años nadie haya pasado ni siquiera los tests preliminares de la prueba?

La ciencia frente a lo paranormal

Es frecuente escuchar a los crédulos que «la ciencia se ha equivocado muchas veces, y cosas que antes negaba hoy las acepta», o «no todo lo que existe puede ser demostrado por la ciencia, hay cosas que ésta no puede estudiar», o «los que creemos en lo esotérico y paranormal somos como Galileo, y ustedes los científicos son la nueva Inquisición; algún día nos darán la razón», o «los escépticos tienen la mente cerrada»... Muchas de estas ideas tan manidas son auténticas falacias y denotan un enorme desconocimiento de qué es y cómo funciona la ciencia, la cual se define sobre todo por su método. Aunque no es del todo correcto hablar de *el* método en singular, debido a las diferencias entre las disciplinas consideradas científicas, sí es cierto que existen características comunes a todas ellas. Voy a señalarte algunas que nos servirán más tarde a la hora de evaluar la investigación sobre presuntas dotes extraordinarias o paranormales.

Una de las características es la *objetividad*: cualquier teoría o hipótesis cobrará visos de verosimilitud y se verá apoyada si —y sólo si— existen datos objetivos, empíricos y fiables que la sustenten.

Esto quiere decir que la ciencia busca un conocimiento que no esté basado en la opinión, las creencias o las esperanzas del observador, que no sea sesgado ni dependa de la persona que realiza el experimento. La psicología sabe desde hace tiempo que no nos podemos fiar de nuestras percepciones, nuestra memoria, nuestra intuición o nuestras experiencias personales. Si queremos ver o encontrar algo, muchas veces lo encontraremos. Por ello, es típico en ciencia el uso de instrumentos o técnicas de observación y medida que eviten la posible influencia del «factor humano».

Si todo esto se hace bien, cualquier resultado experimental debe poder ser repetido por cualquier otro investigador. La reproducción de resultados, sobre todo de los datos nuevos o «revolucionarios», es esencial al método científico: si un resultado no vuelve a obtenerse en condiciones similares, resulta sospechoso.

Otro requisito fundamental, sobre todo en el método experimental, es el concepto de *control*. Si quiero saber si una cosa A es la causa de otra B, tendré que asegurarme de que no existen otros factores que puedan estar causando B. Por ejemplo, si quiero saber si la frecuencia con que se usan las palabras en un idioma influye en lo rápido que

las leemos o procesamos, y decido comparar el tiempo de lectura de palabras que yo elijo de alta y baja frecuencia, debo asegurarme de que los dos tipos de palabras estén igualadas en longitud, categoría gramatical y todo aquello que pueda causar diferencias en los tiempos. Dicho de otro modo, todos esos factores deben ser controlados. En la condición ideal, los dos tipos de palabra deben ser iguales en todo menos en lo que quiero estudiar, que sería la frecuencia en el ejemplo anterior. De ese modo, podré estar seguro de que cualquier diferencia en los tiempos en los dos tipos de palabras es debido a ese factor, y no a otro.

Estos requisitos y muchos otros hacen que el método científico sea *sistemático y riguroso*.

Hay otras propiedades de este modo de adquirir conocimiento que confieren a la ciencia su grandeza y éxito. Citaré algunas que nos ayudarán a entender mejor la crítica científica a las pseudociencias de la mente.

1. *Las verdades en ciencia son siempre parciales*. Se considera que cada paso que da un investigador es un paso más hacia la verdad, pero que ésta nunca se alcanza, a diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, en las religiones. Una teoría se considera cierta siempre y cuando existan datos objetivos, resultados de investigaciones que la avalen. Por eso, la ciencia es por definición lo opuesto al dogmatismo. La autocorrección es perpetua. Si un investigador comete un fraude o se inventa unos resultados, al final se acaba sabiendo.

2. *Los resultados y procedimientos científicos deben ser públicos*.

Cuando se publica una investigación, deben proporcionarse todos los datos para que, si otro científico no se fía, pueda repetir el experimento tal como se hizo originalmente.

3. La ciencia avanza gracias a que es eminentemente *racional y escéptica*. Las teorías científicas deben ser coherentes unas con otras: deben ser racionales. Una teoría explicativa de la física, por ejemplo, no puede contradecir otra de la química, siempre y cuando ambas estén bien confirmadas. La duda continua es uno de los motores del método. Cuando un científico va a un congreso o una reunión de investigación o publica un artículo, sabe que otros científicos van a mirar con lupa su trabajo y buscarán posibles explicaciones alternativas, errores de control, análisis de datos matemáticos no

apropiados, etc. En conjunto, esto hace que la ciencia no se estanque y que su avance sea imparable. Es otra de las grandezas del método científico.

4. Desde mi punto de vista, dos *supuestos* científicos son fundamentales a la hora de enfrentarnos al mundo de lo paranormal. Uno de ellos dice: «Una teoría o idea extraordinaria requiere también pruebas extraordinarias» (Hume). Esto quiere decir que si yo defiendo una idea que va en contra de otras teorías científicas bien establecidas, no basta con que presente pruebas anecdóticas sino que los resultados de mi investigación deben ser claros, contundentes y repetibles. El otro supuesto se denomina principio de parsimonia o *navaja de Ockham*, en honor del monje medieval que lo propuso inicialmente. Podríamos enunciarlo así: «Ante dos teorías que expliquen un mismo fenómeno, nos quedaremos con la más simple». Volveré sobre estos dos principios más adelante.

Como dice el protagonista de la novela *Solaris*, de Stanislaw Lem, cada disciplina —es decir, cada ciencia— que cumple con todo lo anterior tiene como pareja a una pseudociencia, como en el caso de la astronomía y la astrología. Por tanto, podemos definir las pseudociencias como teorías o creencias que intentan mostrarse con un ropaje científico pero que, examinadas de cerca, no cumplen con los presupuestos y requisitos propios de la ciencia, como acabamos de ver.

Sin embargo, las pseudociencias «estudian» fenómenos que, de ser ciertos, y a pesar de las falacias que te conté al principio de este capítulo, pueden ser estudiados científicamente. Si alguien afirma que es capaz de mover objetos mediante el *poder* de su mente, es muy fácil comprobarlo científicamente: basta establecer una situación donde se coloca un objeto, asegurándonos de que el individuo se encuentra a cierta distancia y no puede moverlo por ningún medio físico; es decir, se controlan todos los elementos de la situación que puedan dar lugar a un engaño. Si lo hace, y además lo repite en distintas situaciones, es una prueba de que la telequinesia existe. Lo mismo es aplicable a otros supuestos *poderes mentales*. ¿Es mucho pedir?

Si la pareja pseudocientífica de la astronomía es la astrología, y la pareja de la medicina científica es la acupuntura o la homeopatía, la pseudociencia de la psicología —o, al menos, una de ellas— es, sin duda, la parapsicología. ¿Quieres que te cuente algo de ella?

¡Vamos allá!